RECENSIONES

ANTONIO MARQUINA BARRIO: *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945).* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1983, 710 páginas (Monografías de Historia Eclesiástica, Vol. XII)

Antonio Marquina Barrio es uno de los contadísimos historiadores diplomáticos de que dispone actualmente nuestro país. Su centro de atención lo ha enfocado hacia algunos aspectos de la política exterior de la España franquista, sobre todo hacia este Estado sui géneris que supone el Vaticano, tan determinante para un régimen que surgió de una «cruzada» y que siempre se proclamó superdevoto de la Santa Madre Iglesia.

Los historiadores diplomáticos más punteros que han entrado a saco en la documentación disponible para el estudio de nuestra política exterior a partir de 1936, en general lo han hecho desde un talante antifranquista, en ocasiones militante, aunque fuera ya pasado el peligro que en otros tiempos hubiera supuesto. El riesgo de escribir historia desde la perspectiva del aplauso suele desembocar al panegirismo, pero hacerlo desde el antagonismo sistemático puede conducir a una suerte de panegirismo patas arriba.

Comprender de verdad la política exterior de un país significa comprender de antemano y más que convenientemente el contexto global en que se enmarca, empezando por los Estados que más directamente son parte del juego. Aún entonces el enfoque puede abordarse como una proyección de la política interna, con lo cual el revulsivo puede magnificarse, o bien puede enjuiciarse básicamente como el comportamiento de una fuerza más o menos autónoma en el contexto general internacional, es decir, en cómo condiciona y es condicionado por la relación de fuerzas existentes, circunstancias incluidas. En tal caso, aquel revulsivo inicial puede llegar a amortiguarse considerablemente, y aun a ser objeto de admiración lo conseguido. Es así como multitud de historiadores de escuelas diversas se hacen mientes de la tozuda y costosa política exterior de los Austrias españoles *a pesar de* abominar o guardar distancias de la historia interna de sus dominios.

Hace poco, el más consagrado de nuestros actuales historiadores diplomáticos, el maestro J. M. Jover, apuntaba, no se si con sorna, que el Estado franquista, cuya cabeza rectora se había empecinado en propalar que todo estaba atado y bien atado, cuanto hete aquí que fallece y en un santiamén empieza a desatarse todo lo desatable. Desatable, porque de su régimen nacido en una brutal guerra, no ha quedado piedra sobre piedra, pero las bases con americanos, que no formaban parte de las «Leyes Fundamentales», siguen ahí, ratificadas y bien ratificadas. ¿Qué podríamos decir, por comparación, con los penosos acuerdos que fueron consiguiéndose entre la Santa Sede y la desaparecida España del general-cruzado? Desde luego, cosas bien distintas a las presupuestas en las relaciones España-USA.

Para el período formativo, pero decisivo, que va del inicio de nuestra guerra al final de la última mundial, el profesor Marquina se ha encargado si no de despejarlo, pues lo fundamental se sabía, sí de remacharlo concienzudamente, con minucias y vericuetos que atestiguan tanto el gratuito entreguismo de la España de Franco hacia la Santa Roma como aquellas palabras seculares de un marqués español que consideraba que moverse por Roma era peligroso para la salud del alma.

Marquina, por formación y por vocación, era la persona adecuada para profundizar en el tema, como ha prometido hacerlo en una segunda entrega para lo que gira en el ulterior concordato de 1953.

El profesor Giménez y Martínez de Carvajal, catedrático de esta disciplina, atestigua en un amplio prólogo la bondad del trabajo.

En su pormenorizada elaboración, el autor se ha valido de una veintena de periódicos y revistas y de una sesentena de libros y artículos, españoles y extranjeros, directa o indirectamente relacionados con el tema. En cuanto a las fuentes primarias, muchas veces inéditas, ha examinado una decena de archivos, de dentro y fuera de España y lo mismo públicos que privados, habiendo sostenido conversaciones con personajes relevantes para su obra. La desgracia de estas fuentes no es que algunas de ellas parezcan o sean marginales, sino que un archivo tan básico como el vaticano sigue cerrado a cal y canto para este período, lo que tampoco es para asombrarse. ¿En realidad puede aportar algo verdaderamente fundamental?

El punto clave que pasa a ser objeto preferente de estudio es el convenio de 1941 entre el gobierno español y la Santa Sede, que doce años después se incorporaría íntegro al Concordato. Dicho convenio giró sobre todo en torno a nombramiento de obispos. Mientras que en Madrid se querían resucitar viejos privilegios, la Santa Sede ponía por delante los nuevos niveles históricos con que venía operando la Iglesia. ¿Cómo no podía conseguir un país salido de una cruenta cruzada siquiera el equivalente a la cláusula de nación más favorecida? Lo cierto es que en plena contienda el Gobierno de Burgos todavía no había obtenido el reconocimiento del Vaticano, mientras que no pocos países hispanoamericanos sí lo habían hecho. Los problemas, a veces minucias, menudearon desde el principio y quedan patentemente explicitados. El nombramiento consumado para cubrir el obispado de León, casi provoca el infarto del naciente régimen: se instalaba un español residente en Francia, «afrancesado», que incluso viajaba con pasaporte de la laica República vecina. Reconocer es que a la Santa Sede le gustaba molestar por molestar a no ser que a estas ¿fintas? se las llame jugar fuerte.

«La Santa Sede se había creído moralmente obligada a normalizar sus relaciones diplomáticas por la persecución religiosa republicana, pero siempre con el temor de ir demasiado lejos en su relación y deseando no aparecer mezclada en cosas políticas, sobre todo por su interés de no comprometer sus relaciones, muy cordiales, con Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En el Vaticano no se veía una línea divisoria tan clara entre los bloques europeos (Londres-París-Moscú-Roma-Berlín) como entre los dos bandos que luchaban en España. En aquéllos veía más la democracia que el bolchevismo, y en éstos el nazismo más que cualquier otra consideración. Tampoco una ruptura hubiese significado un contratiempo a la Santa Sede, siempre que partiera del Gobierno y pudiera considerarse desligada ante la opinión católica universal del deber moral que le había movido a entablar relaciones con el Gobierno de Burgos» (p. 104). Párrafos como éste, que salpican el libro, hace que a veces el

exceso de documentación aportada quede sintetizada en una intención profunda y clarificadora.

Con el convenio y otras cosas que Roma había conseguido y conseguiría, hacía que la normalización global de las relaciones a través de un Concordato ya no corriera ninguna prisa para el Vaticano, puesto que el aparentemente cicatero Estado franquista había dado lo sustancial de antemano apenas sin contrapartidas. Como bien dice Marquina, la Santa Sede había conseguido, con sucesivos añadidos, «un mini-concordato firmado», con lo cual «ya no tendría ninguna prisa por la firma» del concordato de verdad, como apreciarían luego los embajadores ante el Vaticano Ruiz-Giménez y Castiella (p. 291).

Serrano Suñer sale malparado —«goleado»— a lo largo del libro, en la sabida tradición que Marquina lo ha ido conceptuando a lo largo de sus múltiples artículos. Sin embargo, no le dio tiempo a leer sus segundas memorias, donde también fija su posición respecto a las negociaciones con el Vaticano y que no es precisamente entreguista, aunque siga siendo el responsable de las firmas que es lo que en definitiva cuenta, de lo contrario se dimite.

Un capítulo especialmente logrado y menos conocido es el dedicado a la diplomacia de la paz que a partir de 1942 se empeño Franco, basándose en mensajes papeles. No es pues cuestión directa de negocios del alma, independientemente de la apacibilidad que conlleva a los espíritus su logro. Marquina reconduce lo que sabíamos por el libro de Doussinague y lo plasma en su real y más bien intrascendente alcance. 1942 fue el año de cierto empate en la guerra mundial. «Se redefinía la no-beligerancia española en función de este factor. Ya no se trataba de favorecer en lo posible a Alemania, como en la época de Serrano Suñer, sino de no poder ser imparcial en la pugna entre el comunismo y la civilización cristiana» (p. 319).

La mitad de la obra viene atiborrada de un apéndice documental de importancia desigual, pero que contribuya a asustar pensando la cantidad ilimitada de energías que el Estado franquista despilfarró para aparentar que era Estado independiente y a la vez incondicional de la Iglesia romana y de los soberanos que iban reinando y sucediéndose en el Estado Vaticano. Una y otra parte hablaban en nombre de un pueblo – español y/o de Dios— que no tuvo la más mínima ocasión de poder hablar. Cuando la ha tenido, ya hemos visto en que ha ido derivando todo, en la insanta ley de la oferta y la demanda ... y la demanda es más bien baja.

TOMÁS MESTRE VIVES

JOSÉ ANTONIO GARCIA VILAR: *Las Organizaciones No Gubernamentales ante la reunión en Madrid de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa*. Salamanca, Universidad Pontificia, 1983. Prólogo de Roberto Mesa. 303 pp.

El libro objeto de la presente recensión trata, tal como indica su título, de las Organizaciones No Gubernamentales en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. El estudio de las Organizaciones No Gubernamentales como actores de las Relaciones Internacionales en la bibliografía científica más reciente, apenas acaba de comenzar, a pesar de la importancia que le han dado los autores que han estudiado este fenómeno de reciente y creciente protagonismo en la Sociedad

Internacional contemporánea. Tras el «boom» de los trabajos sobre los actores estatales en las Relaciones Internacionales y de las Organizaciones Internacionales Gubernamentales y empresas multinacionales, comienza a ser objeto de investigación esos otros actores internacionales, que entre nosotros Truyol considera uno de los elementos democráticos de la actual Sociedad Internacional.

Como es sabido, las Organizaciones No Gubernamentales se diferencian de las Gubernamentales en que las primeras están formadas por particulares, mientras las segundas se constituyen por representantes de los Estados. Asimismo, se diferencian de las empresas multinacionales en que sus objetivos y resultados son de carácter no lucrativo. Estos tres tipos de actores tienen en común su presencia e influencia en la Sociedad Internacional, si bien desempeñando distintos papeles y provocando muy diferentes efectos.

En la actual configuración de la Sociedad Internacional el protagonismo de las Organizaciones No Gubernamentales se hace visible en los grandes foros internacionales, además de su actuación constante sobre los Estados. En este sentido, el trabajo del Profesor García Vilar se circunscribe a las Organizaciones No gubernamentales que actúan o utilizan la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, en su reunión de Madrid, para influir en la Sociedad Internacional.

Para analizar la actuación de la Organizaciones No Gubernamentales, el autor parte del estudio de las identidades, analogías y diferencias entre los objetivos que centraban la atención de la Reunión en Madrid y los que propugnaban las Organizaciones No Gubernamentales, grupos y personas que se dirijieron a ésta. Para la realización de esta tarea, considera labor necesaria determinar y diferenciar las tendencias ideológicas que pudieron aparecer entre las Organizaciones No Gubernamentales estudiadas, las preferencias temáticas y las soluciones o respuestas a los temas debatidos en torno a la seguridad y la cooperación en Europa, así como hacer notar la trama de Relaciones Internacionales que generan y especificar los medios de acción y relación transnacional de que se sirven para hacer valer sus objetivos.

El presente trabajo se aborda a través de cinco partes distintas. La primera, titulada Relaciones Internacionales y seguimiento del Acta Final de Helsinki, trata de situar las posturas doctrinales y prácticas de los actores transnacionales en presencia. En cuatro capítulos se sitúa la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, comenzando por el Acta Final y sus consecuencias, continuando por la concepción socialista de los Derechos Humanos y el estudio de la disidencia y oposición en los países de Europa del Este; para terminar esa parte con una tipología de las Organizaciones No Gubernamentales en la Conferencia de Madrid. Se hace un análisis de particular interés sobre la Conferencia de Organizaciones No Gubernamentales celebrada en Madrid en noviembre de 1980 (la declaración final de dicha Conferencia figura en el apéndice correspondiente del libro).

En la segunda y tercera parte se analizan las dos tendencias dominantes dentro de las Organizaciones No Gubernamentales que se han dirigido a la Conferencia de Madrid, poniendo unos el acento en los Derechos Humanos y los otros en el desarme y la cooperación. En la cuarta parte se ofrece lo que, a juicio del autor, son las Organizaciones No Gubernamentales y grupos sociales que muestran una postura conciliadora y sintética de las posturas contrapuestas, en ese sentido afirman a la vez los Derechos Humanos y el desarme.

En estas tres partes centrales del trabajo, tienen un gran interés en la medida que se hace un análisis empírico de estas Organizaciones No Gubernamentales, utilizándo-

se un importantísimo volumen de aparato documental, la mayor parte de él completamente desconocido, incluso para los especialistas. Además significa una novedad y mérito adicional en los trabajos sobre Relaciones Internacionales publicados en nuestro país, ya que estos se han centrado más en los aspectos teóricos que en su consecución empírica.

Sin embargo, a pesar del interés y eficacia del análisis, es dudoso que la agrupación que se hace de las Organizaciones No Gubernamentales en función de la postura que adoptan ante los Derechos Humanos *versus* desarme, sea el criterio diferenciador más importante para conocer los papeles y funciones que de hecho desempeñan las Organizaciones No Gubernamentales en la Conferencia en particular, y en la Sociedad Internacional en general. Asimismo se echa en falta una valoración del papel y funciones que han desempeñado cada uno de estos grupos de Organizaciones No Gubernamentales.

La quinta y última parte estudia el papel de la Iglesia católica como actor de las Relaciones Internacionales. Este capítulo el autor justifica su ubicación en el presente libro por el peso y significado sociológicos que la Iglesia católica ha tenido y tiene como organización transnacional en las Relaciones Internacionales. Sin embargo, es un tema algo diferenciado del objeto específico del libro, que aquí se aborda con acierto, pero que exige un estudio independiente y más completo.

En definitiva, se puede decir que el presente trabajo es una aportación significativa a la creciente bibliografía en lengua castellana en el campo de las Relaciones Internacionales. De forma específica, supone una aportación al estudio de los Actores Internacionales y al conocimiento de uno de los aspectos de más interés, y más descuidados, de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, celebrada en Madrid: Las Organizaciones No Gubernamentales.

FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA

MICHEL TATU: *La bataille des euromissiles,* Les Cahiers de la Fondation pour les Etudes de Défense Nationale, París, 1983, 121 pp.

La política de seguridad internacional practicada por la Alianza Atlántica no ha carecido de tensiones, casi desde la constitución de esta última, ni ha dejado de verse afectada por dilemas que, en ocasiones, han puesto a prueba la cohesión euro-norteamericana.

Los debates sobre el papel de las armas nucleares en la estrategia de la OTAN han sido un fenómeno recurrente de variada intensidad, pues la disuasión de una eventual agresión del Pacto de Varsovia se ha basado en gran medida en el arsenal estratégico norteamericano, complementado por las armas nucleares tácticas de igual procedencia estacionadas en la Europa occidental y por los arsenales británico y francés, aunque en lugar secundario.

Dicha estrategia ha tratado de dar respuesta a dos problemas de credibilidad que se refuerzan mutuamente: ¿Está dispuesta realmente la OTAN a asumir la responsabilidad por hacer frente a un eventual ataque desde el Este realizado por armas convencionales con el empleo de armas nucleares? (doctrina del *first-use*, hoy puesta por algunos analistas en entredicho). ¿Están en condiciones los dirigentes norteameri-

canos, bajo cuyo control se encuentran las armas nucleares radicadas en Europa, de emplearlas, llegado el caso, en aplicación de la estrategia de la «respuesta flexible», aunque ello suponga exponer el territorio de los Estados Unidos a un ataque soviético? En otras palabras, los países europeos miembros de la Alianza temen, por un lado, que la credibilidad de que Washington pudiera no cumplir la garantía nuclear se vea erosianada y, por otro, que al ejecutarla se ponga en marcha una auténtica catástrofe.

Para paliar estos temores los Estados Unidos han sugerido, a lo largo de los últimos veinticinco años, varias iniciativas importantes, como, por ejemplo, la cesión a los aliados de misiles de alcance intermedio «Thor» y «Júpiter», la creación de una fuerza nuclear multilateral, la formación del grupo de planes nucleares y, por último, a requerimiento de los propios países europeos miembros de la Alianza, pero siguiendo planes previamente desarrollados por el Pentágono, la modernización —a través de los llamados «euromisiles»— de las fuerzas de teatro de largo alcance —hoy denominadas «intermedias»— que se estacionarán en diversos países de la Europa occidental.

Esta decisión, adoptada formalmente por la OTAN en diciembre de 1979, parece convertirse, sin duda, en una de las más importantes jamás tomada por la Alianza en su ya larga historia.

Como es notorio, el camino hacia su puesta en práctica, prevista para finales de 1983, se ha visto anegado por ríos de prensa y por una literatura ya difícilmente sintetizable a la vez que en el curso de ello han surgido tensiones sin cuento en la opinión pública europea. No en último término, los debates por la «doble decisión» han contribuido a romper, en algunos países, el consenso hasta entonces reinante en materia de política de seguridad, han alentado la aparición de un potente movimiento pacifista y han inducido incluso al partido socialdemócrata alemán (SPD), cuyo dirigente, Helmut Schmidt, está en la base de la propia «doble decisión», a separarse públicamente de su implementación en el congreso extraordinario de noviembre de 1983 por una mayoría abrumadora.

La aparición de un libro pocos meses antes de que comience el despliegue de euromisiles tiene, pues, importancia sobre todo cuando su autor se pronuncia inequívocamente a favor del mismo. Y cuando tal autor no es ni norteamericano ni ciudadano de un país miembro de la estructura militar integrada en la OTAN dicho interés debería aumentar.

Se trata de un ensayista bien conocido. Michel Tatu ha sido corresponsal de *Le Monde* en Moscú durante siete años (todavía recuerdo sus crónicas, indefectiblemente interesantes y de marcado contraste con los plúmbeos y, por lo general, escasamente sofisticados comentarios que durante el franquismo inspiraba la política soviética a los periodistas españoles). Luego estuvo destinado en la Europa oriental y en Washington y a su regreso a París ascendió a la dirección de la sección extranjera de su periódico, donde hoy es editorialista. En los últimos años ha publicado algún que otro libro sobre relaciones internacionales, amén de numerosos artículos sobre cuestiones estratégicas y el conflicto Este-Oeste.

El que la prestigiosa Fundación de Estudios de Defensa Nacional haya acogido su último trabajo es también un aval de interés, que se intensifica al saber que *la batalla de los euromisiles* ha aparecido pocas semanas más tarde en una editorial comercial como Le Seuil. Sin duda, por parte francesa se desea asegurar al libro de Tatu una difusión amplia. El estudio lo merece y tiene, de antemano, garantizada la polémica.

Tatu divide su trabajo en cinco partes: en la primera analiza la significación de los sistemas de alcance intermedio en la estrategia soviética; en la segunda aborda la génesis y consecuencias de la doble decisión de la OTAN de 1979; en la tercera pasa revista a la postura francesa; en la cuarta resume sintéticamente los argumentos aducidos a favor y en contra del despliegue de euromisiles y en la última incorpora un conjunto de anexos sobre la evolución del equilibrio nuclear, las características técnicas de los distintos sistemas de alcance intermedio (SS-4 y SS-5, SS-20, Pershing 2, misiles de crucero y algunos antecedentes históricos) así como una cronología de hechos y decisiones relacionados con los preparativos de puesta en práctica de la doble decisión.

La obra es, pues, relativamente completa y, a pesar de su brevedad, constituye una pequeña enciclopedia sobre el tema. Sin embargo, es en las dos primeras partes de la misma en las que, en mi entender, se encuentra el argumento central.

Los sistemas de alcance intermedio en la estrategia soviética

La clave de la obra de Tatu es su convicción de que uno de los elementos fundamentales de la estrategia soviética es el deseo de adquirir, preservar e intensificar la supremacía militar regional en Europa. A ello se habrían atenido, aparte de otros objetivos, la orientación de la política nuclear y el despliege de sistemas y fuerzas. En particular, el desarrollo e instalación de los misiles SS-20 se explicarían, esencialmente, por aquella motivación.

La causa agente que tras ello operaría sería el deseo soviético de amasar un dispositivo de potencia tal que permitiera convencer a los europeos occidentales de la irreversibilidad de la superioridad regional, lo que debiera contribuir a modificar, llegado el caso, el comportamiento de estos últimos.

Tatu destaca lo que de cualitativamente nuevo tienen los SS-20 frente a los sistemas que constituyen y que justifica su despliegue en número creciente y superior al de otros sistemas que reemplazan: combinación de alcance similar (con el SS-5) y mayor precisión, empleo no sometido a tantos constreñimientos técnicos (de combustible, de recarga, de inmovilidad) e implantación una vez que la URSS hubiese alcanzado ya la paridad estratégica. Son, en consecuencia, sistemas que intensifican la superioridad regional y de utilización posible contra fuerzas, aunque carezcan de la precisión quirúrgica de los Pershing 2.

Los SS-20 son sistemas que favorecen el *decoupling* en la medida en que, al abrigo del paraguas intercontinental soviético, separan el teatro europeo del arsenal central norteamericano, consolidan la superioridad regional y permiten la explotación eventual de la misma.

Ello explicaría su desarrollo y despliegue, en pleno período de distensión, y el que la URSS no haya seguido la lógica pacifista de la no modernización de los sistemas intermedios, alcanzada la paridad estratégica y cuando los norteamericanos no disponían de sistema equivalente en la Europa occidental.

Las ventajas militares de los nuevos sistemas norteamericanos

Tras pasar revista a los antecedentes y condicionantes de la doble decisión de 1979, Tatu analiza pormenorizadamente la paradoja que supone el que haya posibili-

tado la introducción de nuevos sistemas con claras ventajas militares al lado de las debilidades políticas que la flanquearon.

Entre las primeras figuran:

1.° La capacidad de los nuevos sistemas de atacar objetivos fortificados, limitando los daños colaterales (como ha expuesto en repetidas ocasiones Caspar Weinberger), lo que permite liberar otras armas (aviones de capacidad nuclear, sistemas nucleares tácticos) y favorecer una estrategia menos estática que la de la «respuesta flexible» en su versión hasta hace poco dominante. Los nuevos sistemas permiten llevar la destrucción al glacis y a las partes occidentales de la URSS, interrumpiendo la comunicación entre los diversos escalones de una hipotética avanzada desde el Este.

2.° Restablecer el *recoupling*, en la medida en que los nuevos sistemas pertenecen a una de las superpotencias, amenazan a la segunda, se encuentran en el territorio eventualmente agredido y dificultan la «santuarización» del territorio de los dos grandes.

En tal sentido, los «euromisiles» contrarrestan las posibilidades que abren los SS-20 y obstaculizan el que un conflicto pudiera dirimirse tan sólo en Europa occidental. Al amenazar directamente al territorio del eventual agresor del Este y favorecer la imbricación en el conflicto del protector del Oeste la disuasión mejora.

3.° Refuerzan la disuasión. En caso de agresión soviética y de empleo de los euromisiles hay dos posibilidades: o bien el Kremlin responde contra el territorio norteamericano y desencadena el dispositivo estratégico central o actúa sólo contra Europa, dejando intacto el potencial estadounidense en tanto que el propio habría sido gravemente diezmado. Los euromisiles, a diferencia de los sistemas tácticos, pueden llegar hasta Moscú.

La tesis de Tatu es que los euromisiles incrementan el dilema con el que se ven enfrentados los dirigentes del Kremlin al tener que contar con un mecanismo de disuasión mejorado por parte occidental, lo que debería contrarrestar en alguna medida los objetivos políticos que los soviéticos han perseguido con el despliegue de los SS-20. Pero estas ventajas están ampliamente contrarrestadas por ciertos elementos negativos.

Las debilidades políticas de la doble decisión

Tatu distingue, esencialmente, tres:

1.° El trecho que media entre la decisión y la terminación de su período de ejecución, que sería de nueve años. Este trecho es normal en el despliegue de nuevos armamentos, pero favorece las dificultades cuando ha de llevarse a cabo con un grupo de países en el que los cambios gubernamentales son inevitables.

2.° El haber introducido la idea de negociación como parte esencial de la misma. Frente a un despliegue soviético real, la OTAN no podía oponer sino un despliegue futuro, y en la negociación era evidente que aflorarían tensiones entre los aliados a la hora de determinar una postura común. Por otro lado, ello ofrecía una ocasión excelente para que el Kremlin pudiera explotar dichas disensiones cuando, en realidad, la Alianza pedía dos cosas inaceptables para los dirigentes soviéticos: desmantelar un sistema de armas desplegado unilateralmente y con gran constancia durante años o «autorizar» oficialmente a los occidentales a que se rearmaran.

3.° La «derresponsabilización» europea: la doble decisión ha acentuado los dilemas de la política nuclear de la OTAN y subrayado que, en su ejecución, no es tanto el esfuerzo nacional de defensa el que cuenta (seguido después por el de los aliados), sino que reafirma el papel de los Estados Unidos como base de la seguridad europea. Ello ha favorecido:

a) La tendencia a escapar de las propias responsabilidades (los europeos no tendrán mucho control sobre los nuevos sistemas).

b) El miedo, en cuanto que los progresos militares soviéticos han hecho crecer el temor a la amenaza del Este a la vez que minan la confianza en el paraguas norteamericano. En cualquier caso, las ventajas que la RFA extrae de su *Ostpolitik* y de lo que queda de distensión se ven mermadas.

c) El sentimiento antinorteamericano, en la medida en que los Estados Unidos resaltan ante la opinión pública su papel de «dueños» de los destinos de Europa.

Todo ello lleva a Tatu a lamentar que la solución por la que se optó en 1979 no hubiera enfatizado más la responsabilidad europea en el control de la política de seguridad de Europa.

Y, en efecto, tal y como la «doble decisión» va a ponerse en práctica intensifica esa lógica en la que ha caído la seguridad de Europa, que la hace ser rehén de la que apliquen las dos superpotencias. Si a ello se añaden las características técnicas de los nuevos «euromisiles», que en el caso de los Pershing 2 reducen drásticamente el período de alerta y que en ambos han acrecentado considerablemente su precisión y, por consiguiente, su utilidad como armas de primer golpe, se comprende que muchos europeos estén nerviosos. Quizá lo estén también los dirigentes del Kremlin, pero forma parte del proceso el que los rusos hayan ofrecido siempre demasiado poco y demasiado tarde para hacer innecesario el despliegue.

La posición francesa

Tatu pasa después revista a la evolución de la política declaratoria de Francia, tanto bajo Giscard d'Estaing como bajo Mitterrand (mucho más favorable al despliegue), y analiza después algunos de los argumentos más comunes de los que se han esgrimido para explicar por qué la fuerza nuclear francesa *no* debería incluirse en las negociaciones de Ginebra. Estos son, esencialmente, cuatro:

1.° Los misiles nucleares franceses representan, para Francia, la esencia misma de su sistema defensivo y un nivel incomprimible. Los gobiernos de París practican una política de «disuasión mínima» que trata de hacer ver al Kremlin que no existiría una relación razonable entre la capacidad francesa de infligir daños y las ventajas que para la URSS podrían obtenerse de una agresión contra Francia. Esta «disuasión mínima» choca de cabeza con la estrategia de «persuasión máxima» que, en opinión de Tatu, sigue el Kremlin.

2.° En segundo lugar, Francia se ve amenazada por el conjunto de las fuerzas nucleares soviéticas y no por un sistema en particular (los SS-20).

3.° Los sistemas soviéticos y franceses apenas si son comparables. Sólo los pocos que se encuentran en la meseta de Albión (18 de casi un centenar) están estacionados en tierra. El resto se ubica a bordo de submarinos.

4. Y, por último, la fuerzas nucleares francesas tienen como misión esencial proteger el territorio nacional. Existen fundamentalmente para ello y no para extender la disuasión a países vecinos, aun aliados.

Tales argumentos constituyen una racionalización de la política francesa y, en ocasiones, se solapan con las declaraciones de algunos de los dirigentes parisinos, en particular de Claude Cheysson. En noviembre de 1983, en su conocida intervención ante las cámaras en «L'heure de vérité», el presidente Mitterrand jugó de nuevo con varios de entre ellos. El libro de Tatu no aporta aquí, pues, nada novedoso, aunque su intención didáctica es encomiable.

Conclusión

Como se desprende de lo que antecede, Tatu favorece el despliegue (y resume en diez argumentos y contraargumentos algunas de las tesis más divulgadas en pro y en contra). En mi opinión, lo hace sin carácter dogmático. En ningún caso disminuye los costes políticos que el despliegue encierra, aunque subraya las ventajas de carácter militar (quizá sin extraer del todo las consecuencias de la novedad que representan los Pershing 2).

El reforzamiento de la disuasión, el *recoupling* entre Europa y los Estados Unidos (si bien otros autores serían menos optimistas) y el alejamiento que induce con respecto a la doctrina, todavía oficial, de la «respuesta flexible» le parecen ser puntos positivos sustanciales que compensan los inconvenientes.

Para después del despliegue, Tatu prevé una intensificación de la retórica, pero también un decrecimiento de la «explotabilidad» política de los SS-20, aunque no su número. No cree que dicho despliegue origine una crisis internacional (también en esto puede ser algo optimista) y anticipa dos líneas de acción soviética:

a) Instalación de nuevos sistemas tácticos en los países de la Europa oriental (como ya se ha anunciado después de que el libro fuera terminado) y

b) Medidas tendentes a situar cerca de los Estados Unidos sistemas análogos a los «euromisiles».

Tatu liquida las implicaciones de la primera con una argumentación muy simple: le parece difícil que ello pueda neutralizar el eventual uso de la totalidad de los nuevos sistemas. En lo que se refiere a la segunda se limita a afirmar que sería la mejor prueba de que el *recoupling* habría funcionado, al acrecentar las posibilidades de que entrase en acción, llegado el caso, el dispositivo central (estratégico, intercontinental) norteamericano.

Pero es verosímil que la «guerra de nervios» no decrezca, antes al contrario. Así, pues, para el próximo futuro hay que contar con una relevancia aún mayor de la problemática de la seguridad internacional y será imprescindible vigilar cuidadosamente las implicaciones de las medidas soviéticas y norteamericanas para la seguridad de Europa. En 1984 es imposible inhibirse de su significado. También aquí la Universidad española tiene un reto que debería asumir, en la medida de sus posibilidades. Nadie en ella, que yo sepa, ha producido un estudio tan lúcido como el aquí reseñado, impregnado en todo momento de un alto sentido sistemático y didáctico.

ANGEL VIÑAS

CARLOS ESCUDÉ: *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina.* (1942-1949). Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.

El autor, sociólogo graduado en la Universidad Católica Argentina, tuvo la oportunidad de realizar estudios de post-grado por una beca del CONICET en las Universidades de Oxford y Yale, circunstancia que le permitió acceder a una gran cantidad de material documental recientemente abierto a la investigación.

El objetivo de Escudé en el presente trabajo consistió en tratar de investigar las «causas de la decadencia argentina» y para ello, con material documental inédito, efectuó una importantísima contribución histórica que a la vez indica claramente su vocación integralista, ya que en el presente estudio además del sociólogo se aprecia un historiador, un político, un economista y fundamentalmente un argentino que ama y le duele su país.

Antes de analizar el contenido de la obra también merece resaltarse la importancia de trabajos como el presente que intentan comprender la realidad de nuestra patria en el contexto de la historia universal; aspecto que le permite una visión más amplia de las presiones e intereses que influyen sobre nuestra actitud nacional.

El autor parafrasea a Donald Easum, cuando afirma aún en 1953 que «aunque independizada por medio de la revolución de la España imperial y monárquica, la Argentina permaneció una potencia europea. Su cultura era francesa, su población italiana y española, su republicanismo oligárquico y aristocrático (...) y su economía se afilió directamente al capitalismo internacional británico» (cfr. p. 39). Posteriormente hace referencia al importante papel cumplido en la conferencia de Washington de 1889 por los representantes argentinos Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, quienes acuñan el lema «América para la Humanidad» en respuesta a la doctrina Monroe, señalando claramente la vocación de liderazgo panamericano que existe en nuestro país —y que afloró recientemente con motivo de la guerra de las Malvinas— convirtiéndose en una verdadera competencia con la vocación de «imperialismo moral» de los Estados Unidos de Norteamérica. Esta circunstancia fue claramente apreciada por el embajador británico en EE. UU., lord Inverchapel, al escribir en 1947 al Foreign Office: «durante cuarenta años o más, la Argentina ha sido una espina en la carne de sucesivos gobiernos norteamericanos, en razón de haber liderado continuadamente la resistencia latinoamericana a la hegemonía de los Estados Unidos sobre el hemisferio occidental. Tanto los liberales argentinos —entre ellos, el doctor Saavedra Lamas— como los nacionalistas y militaristas, han exasperado a los estadistas norteamericanos en su pretensión de ser la voz de América Latina contra la dominación «yanqui» o la «diplomacia del dólar» (cfr. p. 50/1). Escudé añade que «en la Argentina, el sentimiento antinorteamericano no fue, de manera alguna, el patrimonio exclusivo de las ideologías de izquierda; por el contrario, era asimismo una característica del pensamiento conservador ... y ... la existencia de un pequeño, aunque por momentos influyente, grupo de oficiales pro Eje en el ejército daría a los imperialistas morales norteamericanos la justificación ideal para dar rienda suelta a su ira «justiciera» (p. 71).

El autor analiza, tras fijar sus principios de teoría política, las relaciones triangulares entre los países que estudia y detalla básicamente la política seguida por Estados Unidos por medio de Cordel Hull, definida por su subsecretario Summer Welles como de un «sesgo antiargentino casi psicopático», como también sus apreciaciones que Argentina era un «mal vecino» cuando realmente debería haber considerado que

«no era un vecino». Así escribe Escudé «la obsesión de Hull pareció haberle llevado a él y a sus hombres a interpretar a todos los acontecimientos argentinos en función de la segunda guerra mundial; la lucha entre grupos pro aliado y pro Eje, era para ellos la clave para interpretar todos los cambios» (p. 113) o como escribía el embajador inglés David Kelly «durante los próximos tres años (1943-1946) la continua guerra de palabras y alfilerazos librada contra el régimen militar por los Estados Unidos condujo a la sucesiva expulsión de los elementos más moderados del Gobierno, y finalmente, a la elección, con enorme voto popular, del coronel Perón» (cfr. p. 114) o también «desde este momento (1943) hasta fines de 1944, el Departamento de Estado operó bajo el supuesto de que poseía un mandado de la ciudadanía argentina para forzar a la Casa Rosada a: 1) romper relaciones con Alemania, Italia y Japón, y 2) prestar toda ayuda a los aliados» (p. 115/6). Y concluye Escudé «Washington no presionó a la Argentina para facilitar las operaciones militares aliadas sino para destruir a un Gobierno que se oponía al liderazgo hemisférico norteamericano, sin querer comprender que, por razones profundamente arraigadas en la historia económica y la tradición diplomática, virtualmente cualquier gobierno argentino hubiera compartido esta actitud (de no alineamiento)» (p. 128). Sobre este mismo tema explicaba una analista norteamericano que «el no alineamiento argentino no representaba una amenaza mayor que la representada por las potencias neutralistas de Irlanda, Suiza y España para los intereses de los Estados Unidos. Sin embargo, la postura de Washington hacia estas naciones difirió ampliamente de su línea hacia Buenos Aires. A pesar del hecho de que la Argentina era abastecedora importante de carne, trigo, cueros, tungsteno y otras materias primas vitales para los aliados durante la guerra, el *establishment* de asuntos exteriores norteamericanos usó, entre 1942 y 1944, prácticamente todas las técnicas conocidas en la comunidad internacional excepto el asalto militar para desestabilizar a tres gobiernos argentinos y forzar a la nación a aceptar incondicionalmente el liderazgo norteamericano en asuntos extra-hemisféricos» (cfr. p. 62/3).

Estas sabrosas apreciaciones nos tientan a seguir transcribiendo textos tan sugerentes como los antedichos que resumen la tesis de la obra, pero el espacio nos lo impide. Agreguemos que el autor añade —con similar profundidad— un detallado análisis de los factores internos del Gobierno norteamericano en la toma de decisiones (así aparecen Hull, Welles, Spruille Braden, Rockefeller y Morgenthau entre otros); como también el boicot económico contra la Argentina como castigo por su actitud en la guerra, la célebre compra de los ferrocarriles, la quiebra de la asociación económica anglo-argentina y la política agropecuaria de Perón.

Finalmente Escudé nos llama la atención sobre los peligros de una interpretación uni-casual de la realidad histórica en dicho período, aunque señala la importancia que tuvieron estos factores agregados a las sanciones diplomáticas, el equilibrio norteamericano a favor del Brasil, la negativa de aportar el plan Marshall y aun la inconvertibilidad de la libra esterlina todos factores que ayudaron a la «declinación argentina», concluyendo que «Si Gran Bretaña ganó la guerra pero perdió la posguerra, y Alemania perdió la guerra pero ganó la posguerra, la Argentina perdió ambas, la guerra y la posguerra» (p. 379).

Investigaciones encaradas con la seriedad del trabajo de Escudé que conserven el criterio integral y analicen nuestra situación política en el contexto de la política internacional deben ser fomentados entre los historiadores y los investigadores de otras áreas afines y trabajos de esta índole deben ser leídos, pues nos permiten una

mejor comprensión científica de la compleja realidad que estamos viviendo y, en la medida que nos muestren las causas de nuestra crisis nos aportarán elementos que nos permitirán superar el enorme escepticismo que estamos viviendo.

FLORENCIO HUBEÑAK

Mar del Plata, septiembre de 1983.

FIDEL CASTRO: *La crisis económica y social del mundo. Sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir.* Editorial Planeta, 1983, 238 pp.

Se trata de un libro verdaderamente importante. Y lo es, entre otras razones, porque la temática que desarrolla alcanza la máxima dimensión para el inmediato futuro de la Humanidad. Quizá se pueda añadir que el objetivo que persigue el jefe del Estado de Cuba es el de presentar el angustioso panorama que ofrece el mundo de nuestros días, especialmente el mundo subdesarrollado. Y ello con el fin de crear una conciencia generalizada de los problemas vigentes, lo que es un requisito indispensable para propiciar la búsqueda de soluciones apropiadas.

Como Fidel Castro advierte en el prólogo: «No tenemos, ni creemos que alguien posea, remedios mágicos a tan difíciles, complejos y aparentemente insolubles problemas. Mas ningún problema se ha resuelto jamás en la historia hasta que se ha hecho tangible realidad y conciencia de todos». Mas adelante señala que «Se plantea, en fin, por primera vez en la conciencia del hombre, la cuestión de si vamos o no a sobrevivir. Pero, por gigantescas que sean la dificultad y complejidad de la tarea, ser pesimista es renunciar de antemamo a toda esperanza y aceptar resignadamente la derrota, es decir el final. No nos queda otra alternativa que luchar». Es este un punto esencial de la obra que conviene subrayar. Se trata, en suma, de una invitación lúcida para que, indagando la naturaleza de la crisis, puedan hallarse los remedios que permitan la supervivencia de la Humanidad.

Este volumen es el fruto de una labor de equipo desarrollada bajo la experta batuta del jefe del Estado cubano que así lo indica expresamente en el prólogo al consignar que ha colaborado «un grupo valioso de jóvenes técnicos de alta calificación del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, constituido hace varios años en nuestro país, y del Centro de Investigaciones de la Economía Internacional, de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana». Ambos equipos cumplieron la tarea de «recopilar, ordenar y analizar miles de datos dispersos en publicaciones de los más prestigiosos organismos internacionales y en revistas especializadas en cada una de las materias tratadas». Tan copioso soporte documental apoya, sólidamente, los enjundiosos argumentos que expone el autor.

Fidel Castro ha fijado preferentemente la atención en la crisis económica y su brutal repercusión en los países subdesarrollados. La obra está centrada en esta cuestión, que examina desde los ángulos más diversos. Basta una mirada superficial al índice para comprobarlo: los problemas comerciales, monetarios y financieros, la agricultura y alimentación, la crisis energética, la cooperación, la calidad de vida en el mundo subdesarrollado y, finalmente, el armamentismo. Son temas culminantes de nuestros días, problemas que, en palabras del autor, «no tienen soluciones fáciles». No obstante, las ideas que sugiere una obra tan densa pueden conducir a iniciar una mejoría.

Así afirma, con plena razón, que «Si no se crea un verdadero clima de paz y seguridad para todos los Estados, grandes y pequeños, y no cesa la absurda carrera armamentista —que aumenta en loca espiral, como en ningún otro momento de la Historia—, no sólo crecerá el peligro de guerra mundial hasta hacerse infernal realidad, sino que ni siquiera podrá soñarse con disponer de los recursos indispensables para hacer frente a las necesidades del Tercer Mundo planteadas en este informe. Sin una drástica reducción de los gastos militares, la tarea sería imposible. Cuando alguien pregunte de dónde pueden salir los cuantiosos recursos que los países subdesarrollados necesitarán en los próximos veinte años, la respuesta está ahí: en los 650.000 millones de dólares que ya se emplean cada año en gastos militares». Este es el nudo de la cuestión, tan acertadamente puesto de manifiesto. Y es un problema que requiere solución inmediata, perentoria, puesto que, de no hallarse rápidamente, la Humanidad está condenada a desaparecer por el hambre o por la guerra.

Fue en abril de 1972 —durante la III Conferencia de la UNCTAD, reunida en Santiago de Chile— cuando el presidente Salvador Allende, en su discurso inaugural, trazaba un estremecedor balance de la desesperada situación del Tercer Mundo: «Si se perpetúa el actual estado de cosas —decía— el 15 por 100 de los habitantes del Tercer Mundo está condenado a morir de hambre. Como además la atención médico-sanitaria es deficiente, la expectación de vida es casi la mitad que en los países industrializados y una gran parte de los habitantes nunca contribuirá al progreso del pensamiento y de la creación» [1]. En otro párrafo de la memorable disertación afirmaba que «nosotros, pueblos pobres, subsidiamos con nuestros recursos y nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos» [2].

Han transcurrido doce años desde entonces y la situación se ha agravado: siguen muriendo millones de seres por falta de alimentos, el endeudamiento de los países tercermundistas alcanza cifras alucinantes y la miseria se extiende por la mayor parte del planeta.

En estas circunstancias, Fidel Castro asume la puesta al día de este problema capital, formula una patética llamada a la solidaridad y traza las líneas maestras que configuran el estado de la cuestión. Su denso contenido está articulado en una serie de replanteamientos continuos del problema que inciden en los aspectos capitales: economía, finanzas, cooperación para desembocar en la idea que patrocinan los Países No Alineados: la creación de un Nuevo Orden Económico Internacional más justo que puede satisfacer las necesidades de la inmensa mayoría de la población. Esta idea ocupa las partes de mayor relieve del libro y recoge los diez puntos en que Cuba sintetizó, terminada la VI Cumbre, en la ONU —en representación del Movimiento No Alineado, del que Fidel Castro es uno de sus más destacados líderes— «los pasos adicionales imprescindibles para comenzar a revertir la crisis». Los resultados son desalentadores. Fidel Castro señala, dolorido, cómo el Programa Integrado de Productos Básicos cayó en el estancamiento, la marea proteccionista en los países desarrollados resurgió en lugar de abatirse, las conferencias Norte-Sur han fracasado, etcétera.

No es posible, en una nota bibliográfica necesariamente breve, resaltar todos los ricos matices que ofrece esta obra, una de las más lúcidas y penetrantes que han aparecido acerca del problema capital de nuestros días.

[1] Cfr. JULIO COLA ALBERICH: *Anatomía del Tercer Mundo*, Sala Editorial, Madrid 1973, pp. 11 y ss.

[2] JULIO COLA ALBERICH, *op. cit.*, p. 23.

Señalaremos, en apresurada síntesis, que el capítulo primero está dedicado a la economía («el mundo atraviesa por una de las peores crisis económicas de su Historia») centrando la atención en el problema alimenticio que afecta a más de mil millones de personas desnutridas, de las cuales más de quinientos millones padecen hambre severa. Ofrece, finalmente, el balance de las gestiones realizadas para la implantación del Nuevo Orden Económico Internacional. El capítulo segundo tiene por fondo el análisis de la crisis económica y su repercusión en los países subdesarrollados. A través de veintitrés densas páginas —con quince cuadros estadísticos— expone los factores que perfilan la economía mundial de los países capitalistas (evolución del PIB, índice de precios, tasas de interés, etc.), y, seguidamente, estudia la repercusión de la crisis en los países subdesarrollados. Señala que «la deuda externa del Tercer Mundo —considerada por muchos autores como incobrable e impagable— es, con su monto exorbitante, su pasmosa velocidad de crecimiento y el sostenido empeoramiento de sus condiciones, probablemente una de las mejores expresiones de la irracionalidad e inviabilidad de un orden económico internacional caduco». El capítulo tercero se dedica a los «Productos básicos y otros problemas comerciales», donde señala que «para el Tercer Mundo, hoy más que nunca, en el punto más profundo de su más profunda crisis, es un imperativo histórico romper el círculo vicioso de su inferioridad comercial y convertir el comercio internacional en un real factor de desarrollo nacional independiente». El capítulo cuarto se titula «Cuestiones monetarias y financieras», estudiando preferentemente la inflación y la deuda externa de los países tercermundistas. En el quinto se analiza la «agricultura y alimentación» en base a una exhaustiva información. Se aborda la cuestión de la «Industrialización y desarrollo económico» en el capítulo sexto, y en el séptimo «Las empresas transnacionales». Los capítulos octavo, noveno y décimo versan, respectivamente, sobre «La llamada crisis energética», «Cooperación entre países subdesarrollados» y «La calidad de la vida en el mundo subdesarrollado» para terminar, capítulo once, con la grave requisitoria que formula en «Armamentismo y desarrollo». Las conclusiones del análisis pormenorizado de los citados capítulos se condensan en un jugoso epílogo de siete páginas. Ahí se contienen unos escalofriantes «ecos y realidades imposibles de rebatir».

La obra que hemos venido reseñando refleja un conocimiento profundo y sólido del tema tratado. La rigurosa lógica que preside sus conclusiones demuestra la necesidad de buscar un entendimiento universal, como reclama Fidel Castro, para salir del abismo en que se está sumergiendo la Humanidad. Serán negociaciones difíciles, arduas, pero es necesario buscar una fórmula aceptable para todos a fin de que el género humano no perezca en un holocaustro nuclear o bajo las garras del hambre. Los problemas están ahí, enumerados en esta obra. Ahora deben ser divulgados para general conocimiento. Ello es imprescindible para que la opinión pública —del Este y del Oeste— reclame de los estadistas responsables un horizonte más prometedor que el ahora vigente.

MARÍA DOLORES SERRANO